

# RUINES

JORGE RAFAEL SANABRIA LEÓN



EDITORIAL  
UCR

CERTAMEN de CUENTO · PRIMER LUGAR **2017**



# RUINES

JORGE RAFAEL SANABRIA LEÓN

  
EDITORIAL  
UCR  
2018

PRIMER LUGAR **2017**  
CERTAMEN de CUENTO

•••••

863.5

S194r Sanabria León, Jorge Rafael  
Ruines / Jorge Rafael Sanabria León. –1.ª ed.–  
Costa Rica: Edit. UCR, 2018.  
75 p. – (Certamen de cuento, primer lugar)

ISBN 978-9968-46-685-1

1. CUENTOS COSTARRICENSES. I. Título.

CIP/3224

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2018.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *María Villalobos Ch.* • Revisión de pruebas: *Ariana Alpízar L.*  
Diseño, diagramación y control de calidad: *Everlyn Sanabria R.* • Diseño de portada: *Kattia Garro B.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • [administracion.siedin@ucr.ac.cr](mailto:administracion.siedin@ucr.ac.cr) • [www.editorial.ucrac.cr](http://www.editorial.ucrac.cr)  
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

*Well, the rain exploded with a mighty crash  
As we fell into the sun,  
And the first one said to the second one there  
I hope you're having fun.*

Paul McCartney

*... you poor old sod, you see, it's only me.*

Ian Anderson

*Der Himmel heult  
Die See geht hoch  
Wellen wehren dich  
Stürzen mich von Tal zu Tal  
Die Gewalten gegen mich.*

Herbert Grönemeyer

*El alma del hombre es justamente  
el hombre presente en los otros hombres.*

Boris Pasternak



*Estoy totalmente de acuerdo conmigo*

# CONTENIDO

PRIMERA PARTE.....	1
Un hijo pródigo .....	3
La palmada.....	5
El hijo de todos.....	9
SEGUNDA PARTE.....	23
El prodigioso.....	25
La mala conciencia.....	39
Ahora sí.....	47
TERCERA PARTE.....	51
Helo el líder.....	53
Epílogo .....	69
Acerca del autor .....	75

PRIMERA  
PARTE

# Un hijo pródigo

*A Manuel Martínez,  
ojeador de leyendas.*

Se sienta en las noches a contemplar el cielo, tumbado sobre la hierba de la pradera aladaña a los cultivos. Permanece ahí hasta que los destellos matutinos iluminan el rocío sobre su rostro y resplandece como un numen de la aurora. Siempre anda descalzo, porque la tierra vibra bajo sus pies. Cuando alguien le habla, se queda mirándole como si contemplara no a la persona, sino a sus sentimientos y nunca replica, conforme con solo esa persona más allá y detrás de la persona. Nunca ha servido para el arado ni para la labranza. Cuando anda por los surcos, se detiene tranco a tranco para contemplar la tierra espléndida y va depositando con primor cada semilla en su sitio y a cada una la cubre con cautela y ceremonia. Pasa horas esperando a que broten los primeros retoños, tímidos pero desafiantes, y le recita a cada uno cómo perseguir la luz. Se alegra tanto cuando un cogollo asoma entre los terrones, tan prepotente como indefenso, que danza en remolino por el campo y tararea la canción de la lluvia bondadosa. A veces, persiste hasta tan tarde con sus coplas que el crepúsculo desdibuja su silueta y su contorno se vuelve indistinguible de la melodía que parece emanar de entre la nada.

Su padre le contempla de lejos y llora de rabia por sentirse fracasado miserablemente. Con aquel hijo apenas útil para monaguillo. Tan monosilábico como el Abel bíblico.

Cuando le pone la escardilla o el almocafre en las manos, el muchacho queda tan atónito como fascinado y se dedica a trasplantar flores y helechos silvestres al pórtico de la casa, en potes insólitos. Son tantos ya, que solo regarlos y aporcarlos le toma media mañana. En cada uno, muda lombrices labriegas y les encomienda el cuidado de la planta como a gnomos jardineros. Su padre levanta la mirada y lo contempla a los lejos sin resignación, mientras se suda los cojones sobre el sembradío.

Aquella labor excéntrica ha tomado todo el frontispicio, pues lo que siembra en su fantasía echa raíces en sus tiestos.

Los vecinos ríen al verlo galantear frente a su edén multicolor que crece y crece en exuberancia. “Tu hijo sí que sabe de cultivar mala hierba”, chancean a su padre, quien reverdece de impotencia. Con gusto dismantelaría a golpes de hoz todo aquel engendro malévolos. Solo lo detiene en su furia la secreta e inquietante sospecha de que la abundancia de sus cosechas, por las que le sangran las manos, es gracia de los rezos abrumados de su hijo santo sobre la tierra.

# La palmada

*A Manuel Solano,  
conversador inagotable, escuchador acucioso  
y leal bromista.*

Se le acerca por detrás con cautela gatuna y le propina un soberbio manotazo en la nuca. Dormitando hasta ese instante, el manoteado despierta de súbito y putea con certeza estadística: “¡Media hora tarde, rufián!”, mientras el granuja se dispone a su lado, bajo la envejecida enredadera, sin parar de carcajearse entre vahídos. Su afeccionada brutalidad no ha sido del todo sin motivo. El día anterior había pasado casi dos horas buscando las gafas, mientras su compinche miraba como si la cosa no fuera con él, hasta que, triunfante, señaló un nido entre los brazos enrarecidos de la verbena.

“¡Séquese las lágrimas que se le están escurriendo las lagañas!”, vocifera bajito cuando el occipucio le vuelve a su lugar con un leve crujido. En breve añade: “¡No crea que la próxima vez se las devuelvo!, ¿oyó?”. “¡Claro, como si la próxima vez no fuera otra cosa, bobo!”, es la réplica, en exceso veloz para los tiempos demorados en que se manejan.

Ante los ojos disecados de los faroles, encuentran en sus mutuas bromas el alivio recíproco a la absurdidad de sus vidas.

Por alguna razón, muy posiblemente apenas jalada de las mechas, ambos calzan zapatos que lucen como arrebatados a un cadáver exhumado. Su facha no es que deje mucho menos que desear, con sus mangas alicaídas y sus chalecos perseverantes, aunque los sombreros de antaño, aterciopelados como pelambre de jamelgo, les dan una prestancia inmerecida ogaño. Dos bufonescos secuaces que se conocen desde siempre sin haber sido auténticos amigos y cuya sintonía en la maledicencia, forzada por una convivencia casi tan insigne como la carcelaria, sería digna de mejores causas. Pacto resultante de una pobreza prudente y apaciguada. Durante décadas jugaron a las damas, pero ya no. Un buen día a alguno de los dos se le olvidó el tablero y ninguno de los dos se percató. Desde entonces se limitan a ejercer su derecho a respirar durante la languidez vespertina, sin diferenciarse apenas de las apariciones. Por encima, sus vidas personifican la razón, con sus ojeadas a las congojas ajenas. Pero si alguna vez hicieron algo por sus vidas, sus esfuerzos habrán fingido más brío que discernimiento. Durante años, se han divertido robando cartas de los buzones y leyendo las más privadas, gozando de pependencias y secretos de desconocidos, tomándolas como guiones para sus diálogos de pacotilla en los que improvisan desenlaces a veces brutales, otras lacónicos, asombrándose de su propio teatro a sombras y títeres.

Durante sus horas de diálogos sin panorama, flores fugaces los cubren poco a poco y los vuelven a abandonar, remontándose con el viento, cual despojos de mariposas a la deriva, llevándose las palabras venideras, sus mañas, el docto delirio con que encasillan al mundo pasándoles de cerca en los reverdecidos talegos de las compras, en la promesa de las mochilas escolares, en el arcano del cartero, en muchos atuendos estremecedores y herméticos, en la carretilla opulenta del barrendero, en la inhabilidad panóptica del gendarme o en el desdén de las palomas sobre los áticos. Emblemáticos

holgazanes que de vez en cuando levantan una mano para saludar a quién sabe quién y luego exclamar: “¡ja, ja!, ¿ha de creer?”.

Conocen a cada manilargo y malandrín que campea por ahí, la excelencia de sus modales y su voz convincente. Desde su sitio en el parque, transmutado en matorral de su superstición, anticipan a la víctima errante. “¿A que aquel prójimo le cree al Jupa que lo robaron y no tiene cómo volverse al puerto? Mínimo trescientos pesos, calculo yo”. “Allá, el Matráfula inicia la carrerilla y en menos de una octava se va con el bolso. Estimo que no se detiene en cinco cuadras”. “Colochos, siempre sutil con la navaja, ojo cómo la incrusta en las costillas, como en un saludo, y alivia de la billetera con solo susurrar al oído”. “Mire al Burucha liberando de la gabardina al borracho tumbado de canto, ni esperó a que se durmiera”. “Bandido el Cacalaque, hoy escondió bien el pucho, si le caen, no anda nada”. “Allá, el Bailarín, por unas monedas se echa un pasodoble”.

Escenas magníficas, *delicatessen* para la mirada amañada que escudriña y no se aburre del vaivén de las gentes de cada día. Crónicas volátiles de la trivialidad y la efímera constante, narradas con la responsabilidad del albacea de un legado a quién sabe quién y con la confianza en que alguien algún día tendrá deseos de escucharlas. En su acuciosidad, nunca mienten ni se engañan, aún así, cada anécdota está pervertida por una cierta tergiversación, tal vez tan solo porque la melancolía no lo abarca todo. O quizá porque advierten belleza donde los demás solo viven indiferencia. En este particular, la vulgaridad de su lengua evolucionó hasta la agudeza.

Al crepúsculo, desde la altura de este valle de nieblas añejas, con sus brisas apresuradas y escasas penalidades, cuando la luz debilitándose les recuerda el desconsuelo, contemplan las estrellas fugaces, sus ángeles caídos que se fugan hacia el vacío en medio de los centelleos con que ofrendan su última voluntad a quienes no sospechaban en su trayectoria. Recuerdan a cada una de las que han visto desde los años en que se han sentado a departir.

Les han puesto nombre a todas, citándolas como individuos en su día y hora, aludiendo a los años con efluvios, en sus pláticas “en los tiempos de antes” acumulándose sobre sus hombros. “¿Se acuerda de Cómodo, la del 6 de agosto del año de la traspiración?”. “¿Y usted de Trajano, la del 1 de marzo del año de la flatulencia?”. Ambos se regocijan mucho con Tiberio, la del 24 de julio del año de la halitosis. La singularidad de Caracalla, la del 2 de noviembre del año de la lágrima, les enjuga una y otra vez. “¿Y qué tal de Heliogábalo, la del 8 de setiembre del año del cerumen?”. “Ni qué decir de Galba, la del 10 de diciembre del año del eructo”. “O de Macrino, la del 1 de enero del año del modestísimo hedor”. A las Leónidas suelen consignarlas con un nombre afín, como las del año de la balanitis, o a las Perseidas como las del año de la supuración. En conjunto, a las lluvias de meteoros las llaman las Preseminales, por su agüero sobre un encantador porvenir, y a algunas espectacularidades celestes –como al júbilo destellante circunvalando al eclipse– las salientes de la familia Delano.

Han enajenado cada relato para que luego cada relato haga con ellos su voluntad.

Pasan así sus noches y días malolientes. Feos de demonio. Apesados. Su abnegación y lucidez zozobran en la profundidad de sus rencores o en la exquisitez de su obscenidad. Alimañas indómitas y gustadores de la irrelevancia. Manojos de insulsez que lo fueron desde siempre.

Esta es una muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo  
en la [Librería UCR](#).

LIBRERÍA  
  
UCR